

LOS PAISAJES DE LOS GEÓGRAFOS

Eduardo Martínez de Pisón

Departamento de Geografía
Universidad Autónoma de Madrid
eduardo.martinez@uam.es

Resumen: El paisaje entendido y propuesto por la geografía es una contribución conceptual y metodológica en los campos de la ciencia y la cultura, con contenidos propios, que aporta una imagen original de la Tierra. Lo manifiestan así sus logros en los fundamentos integradores de los componentes del paisaje. Se muestra la contribución general al paisaje desde la geografía, se señala su implantación original y se indican sus posibles orientaciones actuales.

Palabras clave: Geografía, paisaje, integración, cultura.

Abstract: Landscape, understood from the point of view of Geography is a conceptual and methodological proposal linked to the fields of science and culture. It has its own content and contributes to the creation of an original image of the Earth. The concepts of Geography are part of the landscape fundamentals. This paper focuses on Geography general contribution to landscape theory and explains its original implantation and new possibilities

Keywords: Geography, landscape, integration, culture.

“Hace tiempo que deseo escribir una novela en la que se oiga cantar al mundo [...] una montaña no existe solamente como altura y anchura, sino como peso, efluvios, gestos, poder de hechizamiento, palabras, simpatía. Un río es un personaje [...] Los bosques respiran. Los campos, las landas, las colinas, las playas, los océanos, los valles [...]: todo esto no es un simple espectáculo para nuestros ojos. Es una sociedad de seres vivos [...] Para hacer esa novela sólo harían falta unos ojos nuevos”.

Jean Giono: *Solitude de la pitié*, 1932.

1. Ideas y experiencias básicas en el geógrafo del paisaje

Hacemos tanta geografía de observación y experimentación que, de vez en cuando, también conviene añadir algo de especulación. Puestos a ello tal vez ocurra, como aseguraba Bertrand Russell respecto a la filosofía, que no sea posible encontrar dos geógrafos que den la misma respuesta si se les pregunta qué es la geografía (Russell, 1962). Pero siempre un poco de duda, añadía Russell, ayuda al entrenamiento mental. El pensamiento indaga entonces, aunque con provisionalidad, más allá del punto donde, de momento, se ha detenido la ciencia. Como todos los saberes académicos, la geografía también quiere marcar su ámbito propio. Si lo aceptamos, quizá el asunto propio de la geografía sea fundamentalmente comprender el mundo y, en las ocasiones en que éste parece necesitarlo, también ayudar a dar pautas sensatas para cambiarlo.

Si ahora un geógrafo mira ese mundo ve que hasta el Ártico llegan los cambios que han hecho de la esfera de la tierra un todo mutable, con sus transformaciones poblacionales, económicas, políticas y ambientales. Son apreciables incluso tales mudanzas en los balances precarios y negativos de sus hielos. La geosfera ha perdido naturalidad, diversidad y alejamientos, aunque aún los conserva, si bien atenuados respecto a cómo eran hace sólo medio siglo. En este sentido, mantiene sus claves físicas como un orden básico del mundo. Pero la primitiva biosfera ha ido cambiando en el tiempo, no sólo geológico, sino histórico, en una sucesión de estados dinámicos. Las plantas, los animales, el hombre, el conjunto de los seres vivos ha ido modelando esa implantación geográfica de la vida en una ecosfera a su medida. Recientemente se ha transformado de tal modo esta ecosfera que los hombres, aunque desigualmente, hemos hecho del territorio y del paisaje nuestro propio reducto, domando geografías, aprovechando suelos, artificializando naturalezas. La geosfera se está transformando rápidamente en una tecnosfera. Esta esfera no es igual en todas partes y contrastan en ella ciertos nudos urbanos y hasta determinados jardines con los arrabales del mundo, espacios marginales, colonias remotas. Se angostan los reductos naturales, los desiertos se tecnifican, los bosques menguan, los ríos se canalizan, los mares se ensucian, los campos se urbanizan, las distancias en tiempo se atenuan, los caminos se convierten en autovías, la electrónica teje una red invisible de comunicaciones automáticas y las montañas inaccesibles tienen exceso de visitantes.

Sobre este trasfondo móvil de las texturas y los rasgos externos de la Tierra, hacemos su lectura estableciendo los procesos y los estados, los caracteres, disposiciones y contenidos de esos rostros cambiantes, que hemos convenido en llamar paisajes. Los geógrafos solemos entender el paisaje a la vez como un todo y como parte del mosaico de la morfoesfera terrestre completa. Tal paisaje planteado como unidad terrestre tiene necesariamente y al mismo tiempo varias referencias: el propio paisaje-forma, su percepción, su estudio, su representación y su intelectualización como con-

glomerado cultural. Este sentido del paisaje como unidad terrestre suma, pues, un paisaje-forma, un paisaje-percepción como tal unidad, un paisaje-representación como proyección humana y un paisaje-intelectualización, cuyo estudio posee un peculiar objetivo de conexión. El "paisaje" conceptual requiere y agrega, así, su materialidad geográfica, su recepción sensible, su estudio integrado y su cultura otorgada. Es la suma de un todo geográfico y otro todo interpretativo.

En primer lugar, el paisaje como forma terrestre, el lugar configurado, aparece como unidad de integración de componentes, factores y unidades menores de diverso rango. Todo ello es resultado de condiciones naturales e históricas y de constituyentes propios, pero claramente dependientes de rangos más amplios que lo local y que el tiempo presente. Los geógrafos hemos tendido a interpretar los paisajes morfológicamente, como construcciones formales en el espacio terrestre y como corología de esas construcciones, cuya identificación, análisis y cartografía constituye un trabajo propio. Esta morfología (o tal vez morfogeografía) es una aproximación explícita en cualquier modalidad de presentarse los paisajes, es decir, en sus variedades o en sus perspectivas natural, rural, urbana, industrial o de conjunto, como complejos parciales o totales. Lo mixto es en casi todos los casos lo encontrado en la realidad y lo requerido en el método, de modo que los enlaces entre las partes son claves para el funcionamiento del paisaje y, por tanto, para su entendimiento.

La experiencia también nos lleva a entender el paisaje como un todo; tal vez, aunque parezca contradictorio, sería mejor decir como un todo parcial, como un conjunto de vecindades primero próximas y luego más y más remotas, en relaciones de sucesivas escalas. La experiencia del paisaje es la directa del que lo vive, la experiencia vital. Entonces es la circunstancia geográfica. En cualquier caso, si se logra una experiencia multilateral, ésta aun requiere una dimensión cultural para completarse. A veces tal dimensión conduce la sensibilidad, por lo que no podemos referirnos a la experiencia sensible como espontánea o primaria, aunque parezca originaria o a la que se superponen las demás. Incluso una capacidad de lectura científica abre áreas que, si no, son invisibles, arroja luz sobre sombras, provoca miradas afectivas parciales, y, en suma, opera en la sensibilidad del observador. El paisaje-forma está filtrado por niveles de conocimiento, de cultura, de sensibilidad y por categorías morales de relación con nuestros escenarios. Un naufragio de tales niveles y categorías conduce al no-paisaje por falta de criterios y por acciones territoriales negativas. Y, por arrastre, de la ciencia de los lugares podríamos acabar cayendo en la no-ciencia de los no-lugares.

El paisaje como forma y rostro terrestres, el lugar configurado, aparece ya como unidad de integración entre el territorio y su imagen. Es decir, entre el terreno funcional y su experiencia. La mirada del hombre puede volver paisaje lo que naturalmente o artificialmente era sólo territorio. Esa mirada reorganiza el espacio desde el conocimiento de lo configurado y establece con él una relación cultural. Y esto debe-

ría ser casi inevitable, porque el filtro y el otorgamiento culturales son algunos de los modos esenciales para el hombre de ser hombre en su relación con lo demás y consigo mismo. El “paisaje” es, pues, un territorio interpretado culturalmente.

Por eso son avances en civilización los logros progresivos de tipo intelectual y estético de una idea de paisaje. La idea de paisaje es un avance cultural, un logro en la historia de la cultura y, en ella, del arte y de la ciencia. Pero la referencia es no sólo a la representación del paisaje, sino al objeto geográfico entendido como paisaje. De todos modos, este avance en el campo cultural no quiere decir que sea una progresión en el tiempo ni que esté generalizado. Puede no aparecer, anquilosarse, retroceder, tener mayor o menor implantación social o estar constreñido a una minoría, incluso en el ámbito de la cultura. Igualmente, con frecuencia se ve que los logros antiguos, tanto en el concepto como en la realidad territorial, en calidades de los paisajes pueden ser notablemente mayores que los recientes y actuales, e incluso pueden acabar perdidos por desinterés o por interés. La denominación muy reciente de no-paisajes y no-lugares nace de la necesidad de designar unos determinados hechos geográficos cuya identidad es justamente su falta de identidad, de implantación y extensión crecientes, que sustituyen a las formas y los contenidos de paisajes y lugares previos.

En cualquier caso, las representaciones culturales nos enseñan a ver a través de los significados de las formas y tramas geográficas. Como consecuencia, los paisajes geográficos poseen un cuerpo de valores añadidos con los que completan su entidad y sus sentidos. Estas cualidades, a veces de modo patente y otras oculto (pero desvelable), llegan a concederles valores morales e incluso sentidos y adscripciones. En consecuencia, el paisaje, como manifestación de civilización, de estilo de cultura, toma un significado de libertad en nuestro diálogo con el mundo, de modo que la acción humana sobre él adquiere, por último, responsabilidad.

Pero además en el paisaje hay sucesos. En un caso extremo de soledad y fuerza de la materia podríamos poner como ejemplo la imagen de la aparición de un oso en la soledad del Ártico, donde el hombre camina entre elementos tan poderosos como la bruma, la helada, sabiendo que los significados finales del lugar sólo se manifiestan al que acude con la humildad necesaria a la espera de un signo: entonces, cuando aparece el signo, el explorador concluye, en palabras de Onfray, que, en realidad, el animal no surge en el paisaje, sino que es el paisaje, participa en él y lo constituye como los elementos físicos, la roca, la nieve, el hielo, el frío, la ventisca, de modo que el oso reside en el paisaje polar y lo define. Y no de modo pasivo sino activo. Como todos sabemos, hay más dinámicas por el mundo, las estaciones, la borrasca, la piedra que rueda, el agua que fluye, la vegetación que progresa, etc., pero sobre todo la vida es puro dinamismo. No digamos cuando se trata de un paisaje con hombres y de hombres.

El paisaje también es interpretación. Me complace poner el ejemplo de una de las lecturas de las montañas en la cultura tibetana, que se establece como una correspondencia al escalonamiento de los paisajes, mediante la alusión a animales simbólicos de cada piso: así, el ave representa al cielo, el león blanco a la cordillera nevada, la cabra montés a la roca, el ciervo al prado, el yak al altiplano, el pez al lago y el tigre al bosque. Pongamos un mural que podría representar pájaros, fieras, herbívoros y peces, que parecería una pintura zoológica, en su mensaje sería en realidad un paisaje de nubes, picos, abismos, páramos, lagunas y selvas. Un paisaje sin más, en definitiva. Y también cada medio, que es hábitat no sólo de fauna sino de espíritus propios, puede enlazar culturalmente unos con otros y trasponer cobijos (lagos, cavernas, nieves) y símbolos de sus habitantes ideales. Y, además, al detenernos en el paisaje real, junto al río o el lago, y beber sus aguas y nutrirnos de sus frutos convertimos la naturaleza del entorno en sustancia propia, en una operación en la que estamos comiéndonos materialmente el paisaje.

La experiencia del paisaje es, en suma, como antes dije, la directa del que lo vive, la experiencia vital. Cuando se ha interiorizado un paisaje vivido y forma parte del yo, cualquier amputación en aquel es una mutilación de éste, lo perciba o no quien lo experimenta. Educadas, sin embargo, las gentes en la dureza de alma hay una generalizada insensibilidad y una extensa carencia de cultura que no permiten apreciar tales hechos, que sin embargo existen, como una ceguera o falta de percepción inducida. ¡Cuántos hay como el soldado de El Buscón que quería volar con pólvora la Sierra de Guadarrama porque incomodaba su paso de Segovia a Madrid! Como bien sabemos, la percepción del espacio geográfico no es cuestión de principios absolutos. Un ejemplo extremo, también referido a la milicia, es lo que contaba en sus memorias de guerra el oficial de Napoleón J. M. de Rocca sobre los soldados de la “grande armée”, que se habían desplazado por medio mundo y pese a ello manejaban una geografía bastante simple de sus andanzas, pues consideraban las tierras que recorrían sólo en razón de los víveres que les proporcionaban y, principalmente, dividían las comarcas del mundo en dos partes, la “zona feliz”, donde había vino, y la “zona detestable”, donde no lo había. Lo demás era indiferente (Rocca, ed. de 1908). Tampoco son fiables, en el polo opuesto, ciertos excesos identitarios, como algunos artificios de entusiasmos localistas o de propagandas turísticas que muestran como dulcineas paisajísticas lo que sólo son aldonzas territoriales.

El paisaje es, no obstante, una interpretación del territorio. Podemos volverla expresiva, comunicarla y propagarla. El paisaje no es, pues, ni la relación demográfica entre población y territorio –aunque esto forme parte de su sistema geográfico– ni es la región económica en que sobrevivimos ni se limita a la relación ecológica del ser vivo con su territorio biológico y funcional. Está en el diálogo que corresponde a nuestro puesto en el paisaje y es indisoluble del vivir. Cada acto vital en el paisaje recibe parte de éste y lo crea, lo idea, lo hace sentimiento, lo incorpora a la vida, a

la memoria o al olvido. Es decir, el paisaje habita en el núcleo de la experiencia personal. Somos experiencias de paisajes, aunque no seamos sólo eso, porque operan en la vida. Un paso más allá, la cultura, el instrumento de abstracción e imaginación, hace posible el recuerdo, la ordenación y la proyección de la experiencia. La cultura es así un gran almacén de símbolos, significados y categorías que se integran formando patrones de comportamiento. En un libro de Hall, muy conocido por los geógrafos españoles del decenio de los setenta del pasado siglo (Hall, 1973), se abordaba la dimensión oculta que hace referencia a las pautas no explícitas que están referidas a la relación con el espacio geográfico. Y el arte sería el puente. El arte se interpone -decía Hall-, el ojo del pintor ve y hace ver, aprende y enseña, de modo que las culturas forman el arte tanto como el arte forma valores en las culturas. La pintura educa, pues ayuda al hombre corriente a ordenar su universo cultural. Se puede así generalizar sobre valores ocultos en el paisaje, como condición desveladora. Si se les destapa iluminan todo paisaje con la luz que faltaba.

Pero la información no es experiencia, aunque permite enriquecerla desde las percepciones de los mismos sentidos. Porque las aptitudes e interpretaciones sensoriales también están mediatizadas por la cultura. En la percepción del paisaje se presentan habitualmente correspondencias, ya que el paisaje propicia la analogía y la metáfora, y, por otra parte, porque tal percepción responde a una incitación simultánea a todo el conjunto de los sentidos. La vivencia es, pues, completa y coral. Aunque, claro está, es común disociar las impresiones para su control. Pero el mundo armónico las presenta asociadas y sólo cuando hay una disarmonía salta la alarma de lo discordante.

Es evidente que el paisaje tiene un contenido esencialmente visual, pero de ningún modo es exclusivamente óptico. En la noche polar, donde apenas nada se ve en largo tiempo, el paisaje es el frío; hay paisajes sonoros evocadores y, en la penumbra del bosque tupido, casi todo lo que se oye es lo que no se ve porque está más allá del ramaje inmediato; hay olores inconfundibles de las bujedas del Pirineo, o de la lluvia sobre el campo, de modo que la experiencia del olor es una parte sustancial de la del paisaje. Los estímulos son físicos y químicos, y la experiencia, cultura. Pero además los sentidos van juntos, como también lo están sus excitaciones en el paisaje. No es de extrañar, por tanto, que sobre el traspaso entre los sentidos se haya escrito en repetidas ocasiones, aunque pocas veces se haya expresado con la belleza de Charles Baudelaire en *Les Fleurs du Mal*, cuando hace referencia en un soneto a bosques de símbolos equívocos donde las distintas cualidades sensoriales de la naturaleza (colores, fragancias, sonidos) y los sentidos que las perciben se responden entre ellos, como el sonido de la luz, los colores del olor, etc. En 1860 escribió Baudelaire una carta a Wagner en la que comparaba su música con cierta pintura, y el año siguiente publicó una crítica de *Tannhäuser*, en la que incluso repetía los versos indicados, insistiendo en el juego de mutuas sugerencias o analogías recíprocas entre sonidos, melodías, colores e ideas en una concepción del "mundo como una totali-

dad compleja e indivisible” (Baudelaire, ed. de 1961). Ya en nuestra poesía del siglo XIII Berceo describe en los *Milagros de Nuestra Señora* un estupendo paisaje simbólico como lugar de confortamiento y deleite del espíritu en un prado “cobdiçadero para omne cansado”, en el que sólo el olor, “*tan sabroso*”, podría bastar para hacer vivir al hombre. Demos un paso definitivo más, por tanto, y en el paisaje nos aparecerá inevitablemente la poesía, pues tal vez, como ya apuntaba el ilustrado Forner en 1782, la poesía es “*el último punto de sazón en las cocinas del ingenio*” (Forner, 1782). Claro está que no se trata aquí de abogar por su ejercicio en geografía, sino sólo recordar su existencia como valor otorgado en el objeto tratado, simplemente para no esquivar su presencia. Al fin y al cabo, el prado de Berceo era ya franco paisaje mucho antes de la aplicación del método geográfico a este asunto.

No ha sido infrecuente que los tratadistas de las sensaciones hayan concebido el acto cerebral como un concierto, una concentración de actividad en la que radicarían las mencionadas analogías y confluencias, y donde se produciría incluso una derivación desde una impresión sensitiva a una impresión intelectual y moral. Pero además los trasposos mencionados son, para nosotros, la marca esencial de la globalidad del paisaje. Del carácter que le es más propio: la integración. Este es también un reto atractivo y un objetivo posible para el geógrafo: intentar dar cuenta del todo. Ello requiere apertura de criterio y ampliación y complicación del método, pero nada dice que no se pueda pretenderlo, como si fuéramos cautivos ya antes de que nadie nos impida salir al raso, bien porque se piense que se violentan fronteras prohibidas o porque se fuerzan metodologías. Podemos cerrar el recinto del mismo modo que podemos trasponer el postigo y salir a ver lo que hay detrás del muro.

En un artículo de José Gavira, de fecha temprana, pues se publicó en 1934 (Gavira, 1934), se puede ver que la geografía española, además de los avances personales de Otero Pedrayo del decenio anterior –particularmente en 1928–, conocía muy bien las tesis de la geografía del paisaje europeas y americanas, ya que menciona las ideas de Davis al respecto, publicadas en 1899, y recoge los escritos de Pawlowski en 1932 y los de Passarge sobre la ciencia del paisaje de 1921 y 1933. El paisaje geográfico, el natural y el transformado por el hombre, era para esta geografía un complejo distintivo a escala regional, con carácter corológico y acumulador de realidades y fenómenos. Incluso, Gavira incorporaba las ideas de E. Banse, de 1920 y 1932, cuando éste proponía abrir el campo de lo geográfico al arte como complemento para una más íntegra concepción intelectual del paisaje, puesto que esto contendría su espíritu, el “*alma de la Tierra*”. Las fronteras ya entonces estaban abiertas. Además, según Banse, la misma geografía, cuando emprende su trabajo completo, se convierte en el arte de exponer la trabazón del paisaje.

También el paisaje pertenece muy bien afianzado a la literatura y en concreto al género de la narrativa. No sólo como escenario o como transcurso del tiempo en el

espacio o como elemento de la intriga o como percepción de los personajes, sino como parte integrante de lo que sucede. Esto lo ha descrito con acierto Fernando Savater refiriéndose a los cuentos infantiles (Savater, 2008). En cualquier caso, novela o cuento o realidad, vivir y morir en paisajes determinados no es cosa menor. Lo que Savater resalta es que, en tales cuentos, los paisajes tienen significado en lo contado, son parte de la acción, se establece con ellos una relación directa, ocasionan respuestas y comportamientos, de modo que los lugares por donde se pasa tienen personalidad y exigen réplicas, así como también las empresas del héroe requieren su paisaje: “*se trata –escribe Savater– de un vis a vis diferenciado y sumamente cualificado*”. Los paisajes están, pues, animados, de modo que cuando los literatos los desaniman también se apaga la acción en pro de la abstracción. De todos modos, los cuentos mejores tienen paisajes privilegiados, que podrían componer una lámina de geografía física: bosques, desiertos, volcanes, cuevas, nieves, hielos, montañas, pantanos, islas y mares. Sin ellos no existiría lo mejor de la literatura de aventura. Y no sólo esto. En uno de los cuentos infantiles de la fantástica escritora inglesa Edith Nesbit (1858-1924) se puede también leer la siguiente observación, con otros contenidos no menos geográficos: “*Compraron todos los hermosos bosques y campiñas que pudieron encontrar y los dividieron en parcelas cuadradas. Arrancaron árboles y hierbas, trazaron calles, pusieron en ellas faroles y edificaron horribles casas de ladrillo claro, con la pretensión de que la gente fuese a vivir a ellas. Y como la gente suele ser curiosa, así lo hizo, con lo cual el rey y su Compañía se embolsaron muy pingües cantidades. Es curioso el caso de que todas o casi todas las grandes fortunas se han hecho volviendo feas algunas cosas bonitas. Convertir la fealdad en hermosura es trabajo que se paga muy mal.*” (Nesbit, s.a.).

Se ha escrito que un paisaje se reconoce a sí mismo en sus espejos de papel. El paisaje escucha al escritor. La tendencia a afincar el paisaje en el arte remite a pruebas contundentes, que un solo vistazo a la historia de la pintura y de la literatura hace evidente. Pero también existen perspectivas exclusivistas desde tal enfoque, para las que ese concepto pertenece casi únicamente al arte. El razonamiento culturalista ha sido escrito de modo tácito o polémico, parcial o absoluto, conociendo o sin conocer otras acepciones y prácticas entre las que no suelen tener mucha presencia las procedentes de la geografía, pese a su marcada solera. Por ejemplo, se argumenta que, aunque los “*ambientalistas*” (no en concreto los geógrafos) llamen paisaje a toda realidad natural al margen de su percepción y representación por el hombre, tal paisaje realmente sólo existe tras ambos procesos de filtro cultural. El paisaje es así, en primer lugar, sólo conocimiento, datos, ideas, sensaciones e imagen. E incluso, para esta noción de paisaje es imprescindible que medie un juicio estético. La perspectiva y restricción del planteamiento se expresan cuando se escribe, por ejemplo, que “*el paisaje es país estetizado, artializado, patrimonializado*” (López Silvestre, 2009). Lo otro, que los geógrafos podemos llamar también paisaje, pero que es anterior o ajeno a esa imagen, no sería paisaje en tal proposición, sino “*el mundo*”. Un glaciar de la

Antártida que no ha tenido aún espectadores no entraría, pues, en el término paisaje, ni siquiera acotado como natural. Y también los de después del hombre, aunque puedo conjeturar con buenos datos que los ocasos o las mareas seguirán sus espléndidas rutinas cuando nos hayamos ido.

Sin embargo, en mi consideración geográfica ese lugar antártico, anterior, ajeno o posterior al hombre, es ya por su misma configuración terrestre un paisaje formal y natural. No es que lo sea o no en sí, es que lo considero así. Mi mirada acaso lo descubre como tal, no lo inventa. Y como sin espectador no existe el espectáculo, es entonces cuando comienza a ser paisaje por otorgamiento de esa definición. Otro puede no verlo como paisaje por falta de retina para ello, pero está ahí dispuesto a ser descubierto. Si mi mirada lo cubre con contenidos culturales, su sentido de paisaje se incrementa y su significado como tal, con ese otorgamiento, adquiere mayor hondura. Pero sólo tratándolo como configuración, que es una percepción geográfica, ya es tratarlo como paisaje. Además, una cosa es la adquisición histórica del concepto de paisaje y otra la configuración, el paisaje descubierto como tal, que está configurado esperando su descubridor. Y está claro que sin modelo conceptual no hay modo de hacer nítido el panorama. También en otros campos y desde distintas perspectivas, pero con alguna semejanza de planteamiento, se han expresado repetidas veces ideas convergentes con la que acabamos de tomar como muestra de culturalismo; por ejemplo, en la literatura se hace con insistencia hincapié en que la naturaleza es muda y el poeta su voz. Sin embargo, más físicamente quizá, para mi mirada educada en la geografía, la naturaleza es un concierto que ha sonado durante milenios sin público y que aún ahora tiene muy escasos oyentes apropiados, es decir, expertos, silenciosos y atentos –que es como realmente se escuchan las armonías-. La idea de paisaje geográfico pide o supone un orden en el mundo que es posible identificar y mostrar con el método adecuado. De modo que aplica tácitamente el presupuesto expresado desde la antigüedad de que la inteligencia descubre la inteligencia en el universo y, cuanto más se usa aquella, más se encuentra de ésta. El argumento puede detenerse aquí, que es lo que nos concierne en este ensayo, pero hay que señalar que ha sido también muy utilizado en la inferencia religiosa de una “causa sabia” o un “autor inteligente” del cosmos, invisible pero reconocible por el estilo de su obra.

En cualquier caso, es oportuno recordar aquí lo que escribía nuestro sabio Rafael Altamira respecto al paisaje: *“en la inteligencia humana no es necesario que las extensiones de terreno estén pintadas o dibujadas, para apreciarlas como bellezas o como expresión de formas físicas típicas de la Naturaleza, tan rica y variada en los montes como en las llanuras y en las aguas... los hombres pueden apreciar en el territorio otros valores interesantes, como los que ofrece la geología”*. El paisaje, en tanto que formación geográfica con contenido, puede ser así considerado como *“monumento nacional”* y, por ello, mutilarlo es herir su poder de evocación. Al contrario, lo que

se debe hacer es *“difundir el conocimiento de sus paisajes, defender los conocidos de toda destrucción o cambio que los afee, y descubrir los que aún sean ignorados”* (Altamira, 1949). Estas son nuestras expresas referencias culturales.

No es casual, por concretar más, la importancia concedida de hecho al reino vegetal desde Humboldt, pasando por Vidal de la Blache y los geógrafos alemanes, hasta las recientes escuelas de paisaje natural, sino lógica, pues representa el eslabón de la cadena paisajística que une el mundo físico y el viviente. Por un lado, es un elemento radicado en el mismo humus del que se nutre y está pendiente de la conexión de todos los demás factores físicos, como el agua, la temperatura, la luz, las estaciones, y de los humanos. Y esa vitalidad propia es además expresiva en una dimensión dinámica y evolutiva, es decir inserta en el tiempo. Y a todo ello se añade paisajísticamente su belleza, tanto en sus componentes como en su conjunto ordenado, con la consecuencia de su inmediata integración cultural como imagen y como símbolo.

Para entenderlo bien es necesario, no obstante, haber asumido con naturalidad el legado cultural del romanticismo europeo: sin romanticismo no hay cultura del paisaje y sin paisaje no hay verdadero romanticismo histórico; en mi opinión tuvimos un romanticismo imperfecto y retrasado, por lo que nos quedamos sin paisaje en su momento cultural adecuado y de ello derivan visibles carencias actuales. El hecho es que hasta su entendimiento cultural tardío por la *Renaixença*, la Institución Libre de Enseñanza y la Generación del 98, con sus peculiares sentidos reformadores, no hubo verdaderas corrientes paisajistas en la cultura española; pero, cuando se desarrollaron, dejaron establecidos sus pesos inconfundibles con fuerte personalidad. En suma, en el caso del paisaje, tenemos necesidad de un suplemento de inmersión en una dimensión cultural perdida.

Pero este ingrediente del filtro humano y estético necesarios –que tiene como vemos su sentido parcial–, tomado en su extremo, dejaría al margen del paisaje buena parte del discurso geográfico, particularmente el tradicional aplicado al “medio”, y también al que enfocó el concepto en sentido morfológico, que se autodenominó de tal modo desde fines del siglo XIX hasta hoy, e incluso desde fines del XVIII como “cuadros” del mundo y de la naturaleza en concreto (Ortega, 2006). En ese modo de entendimiento, al menos las representaciones hechas por los geógrafos serían “paisajes” desde la perspectiva aludida, aunque sólo en el punto del saber pero no en el estético, y tal vez los lugares obtendrían esa denominación desde que fueron entendidos como tales, con los mismos límites.

Pero está claro que no es por exigencia de esa reválida por lo que se entendió como paisajes tales cuadros del mundo, sino como configuraciones de los hechos geográficos, como las formalizaciones adquiridas por los hechos territoriales y en ese uso, con variantes propias de lo que evoluciona y tiene escuelas diversas, hemos per-

manecido largo tiempo, alrededor de unos cien años en la acepción estricta y de doscientos en la amplia. Y, de Humboldt a hoy, no lo hemos hecho nada mal. Esta sólida contribución ha adquirido derechos para que su acepción y uso del término paisaje mantenga su sentido en aquello a lo que lo aplica y que crezca en el tiempo matizándolo y enriqueciéndolo. Distingamos, pues, inicialmente, entre paisaje, actitud ante el paisaje, representación del paisaje, y, en suma, entre configuración y figuración. Pero, aunque unos hayan estado en la sola configuración y otros sólo en la figuración, en realidad, el paisaje es la suma de ambas. Parece que el paisaje ni es únicamente morfología ni exclusivamente *“país estetizado”*.

En concreto, el paisaje llamado geográfico es una realidad integradora a la que se debe entender con un concepto igualmente integrador (Martínez de Pisón, 2002).

2. Arraigo de la integración geográfica

Vuelvo a la cita inicial de Jean Giono y la completo con un breve párrafo más de esa misma obra: *“No se puede aislar al personaje-hombre [...], sino mostrarle tal como es, es decir, atravesado, embebido, pesado y luminoso por efluvios, influencias, del canto del mundo. Para quien ha vivido algún tiempo en una aldea de montaña, por ejemplo, es inútil decirle cuánto esa montaña ocupa su lugar en las conversaciones de los hombres. Para un pueblo de pescadores es el mar; para otro campesino son los campos, los trigos y los prados. No se puede aislar al hombre. No está aislado. El rostro de la tierra está en su corazón”* (Giono, 1932). Vamos, pues, a referirnos a ese canto cordial, que es lo que nosotros llamamos paisaje, como una adquisición global de la cultura, que engloba la geografía, y donde ésta toma caracteres protagonistas, sin duda por la intervención de la cabeza, pero también por la del corazón.

En un correcto enfoque no podemos eludir el precepto de la vieja locución latina *“ante mare, undae”*, es decir, “antes del mar, las aguas”. Veamos, pues, el significado geográfico de esas aguas simbólicas que preceden necesariamente a nuestra concepción del paisaje.

El primer esfuerzo de comprensión geográfica del paisaje estribó en la posesión de un concepto propio o apropiado, como forma y también como cultura del territorio. Especialmente como lo primero, aunque de diversos modos a lo largo del recorrido de la disciplina, encaminados con frecuencia al establecimiento de un sistema morfológico. Más tarde con apertura progresiva, tal vez intermitente, a la cultura paisajística, no aislada, sino sumada al sistema. Por lo tanto, la idea de integración de elementos terrestres entre sí y los culturales puede considerarse un diagnóstico de la

realidad y un objetivo metodológico. La búsqueda de integración, aunque más o menos lograda en los resultados científicos, es, no obstante, casi diría que fundacional y permanente.

Y tal idea de integración de los elementos terrestres radica además en concepciones tan antiguas como nuestra cultura. Ideas de unidad, orden y belleza del universo están también en la primera filosofía cristiana, admirada por la grandeza del mundo. En términos generales, tal idea de integración, luego aplicada con texturas propias a la geografía, remite a un entendimiento del mundo. Así, desde el concepto del “todo” clásico se abre un camino de comprensión amplio en el que, entre otras muchas cosas, está radicada la noción de paisaje. El universo considerado como todo armonioso y coherente está en tal raíz, englobando varias ideas: primero, la de mezcla de los cuatro elementos como fundamento de la composición de las cosas; segundo, que tal mundo está gobernado por la inteligencia o que la inteligencia es la causa ordenadora de las cosas; y tercero, que hay una relación entre materia y forma (o, más filosóficamente, entre potencia y acto), de modo que la forma es la realidad inteligible (Werner, 1966). Podríamos distinguir, así, que la forma es de materia, pero no la materia, como la estatua no es piedra sino de piedra o, en nuestro asunto, que el paisaje-forma, por ejemplo, de las Maladetas es rocoso pero no roca.

Si miramos, acortando el tiempo, a nuestras mismas raíces culturales en la historia de España no tardaremos en encontrar la idea de integración. Pongo el ejemplo expresivo de ciertos hallazgos en este sentido, más o menos tácitos o explícitos, en San Isidoro y en Raimundo Lulio. No son, como todos saben, autores menores. Ambos han sido sobradamente destacados, con entera razón, como claves culturales cuya expansión armó nuestra cultura. Últimamente Luis Suárez dice del primero que fue “una de las piedras miliarias sobre las que se alza la ciencia europea”, y que otorgó al saber el papel de “descubrir plenamente el orden que Dios ha establecido en el Universo”. Y en el segundo asienta “la raíz más antigua del humanismo en España”, basada en su “capacidad racional para el conocimiento” (Suárez, 2009). Además, de las *Etimologías* de San Isidoro y de su *De Natura rerum* procede el modelo de una construcción geográfica del mundo, recogida de la corografía orosiana, plasmada en un mapa, cuya difusión estableció una norma extendida por el occidente medieval. Gonzalo Menéndez-Pidal ha escrito, a propósito de la contribución geográfica de San Isidoro, que “la enciclopedia isidoriana gozó de tal difusión en el mundo occidental que llegó a construir común sustrato de toda la cultura en los diversos pueblos de Europa” (Menéndez-Pidal, 2003). Hay otros trabajos específicos sobre la geografía isidoriana, entre ellos los publicados por Montero Díaz en 1940 y por Albaladejo en 1999, e incluso puede encontrarse hoy una última resonancia singular, cultista pero no erudita, de aquella imagen del mundo plasmada en mapas que se guardaban en abadías, aunque sin mencionar la raíz isidoriana, en la base de la

trama viajera de una de las novelas históricas de Umberto Eco. Pero lo que nos interesa aquí es sobre todo su sentido de la trabazón entre los elementos terrestres.

Por lo tanto, la cita de ambos sabios escritores tiene el significado de una justificada referencia mayor. Valgan aquí como ejemplos destacados de algo que requeriría muchas más páginas que este ensayo. Así, en los *Orígenes* de San Isidoro de Sevilla se encuentra ya una expresión de la integración entre los componentes terrestres en el enlace en un conjunto de círculos secantes del fuego, el agua, el aire y la Tierra, donde mora el hombre. Y en el *Novus Tractatus* de Lull reaparece ilustrada la idea de conexión entre mares, con sus peces, y la tierra con sus árboles y animales, y con el hombre participando en ambos, ya como navegante o como habitante o contemplador de un paisaje completo. Y, claro está, si volvemos a abrirnos al panorama, en obras como el franciscano *Cántico del sol* encontraremos igualmente, en la hermandad del astro, la luna, la tierra, el viento, el fuego, el agua e incluso la muerte, una actitud dialogante con el mundo y, en suma, un concepto integrador de lo creado. Lo que quiero mostrar es que, sobre esta herencia asentada y evolucionada, pero formadora de modos de conocimiento, a partir de tal tradición de complementariedad, no fue difícil que la mirada más tardía que vio ya los terrenos como paisajes, bien procediera de un pintor o de un poeta o de un geógrafo, pudiera considerarlos como entidades integradas objetivas, catalogables y descriptibles, y también como identidades elaboradas y subjetivas, y ambas cosas a la vez, ya fuera en un espacio natural, agrario, urbano, monumental, sublime o pintoresco, o mejor aún, por su misma integración, en su conjunto.

Es en tal suma perceptiva donde se han reunido, como espejo de la realidad, el espacio natural y el humano en un espacio compuesto. Sólo la división del trabajo en el estudio por razones de facilidad técnica ha dado lugar a su tratamiento separado por naturalistas y humanistas. Pero tanto el objeto geográfico completo como su posible entendimiento más fiel son globales. Es un carácter distintivo de la realidad del espacio geográfico y, por ende, de la misma geografía como saber. Hay ciertos lugares, nada inhabituales, que muestran esta conexión de modo muy explícito, y también otros con menos proporcionalidad en la mezcla, como la Antártida o la Puerta del Sol, que están polarizados en extremos de naturaleza o de artificio y por ello caracterizados por dominantes visibles que parecen pedir métodos especializados. Y hay geógrafos que se inclinan a comprender los conjuntos, así como los hay también que tienden a centrarse en los dominantes o en las especialidades. Desde nuestra perspectiva, los unos hacen paisaje y los otros, aunque no piensen en ello, contribuciones al paisaje.

Además, en su mayor parte, tales espacios tienen un contenido cultural que los impregna, otorgándoles cualidades y valores. Incluso en lugares de naturaleza extrema puede haber o hay un sentido cultural de primera entidad significativa, sin

la cual no pueden ser percibidos en su contenido geográfico total. Podemos preguntarnos ¿por qué perderlo si es accesible, si no es incompatible, si completa y cualifica la información? Por ejemplo, en el Valle de Rongbuk, en el Himalaya tibetano, bajo el Monte Everest y por encima de los 5.000 metros de altitud, existe un fuerte signo religioso suspendido que ha constituido su mismo significado cultural exclusivo hasta las exploraciones inglesas del primer cuarto del siglo XX, con huellas materiales y cualitativas que están inscritas en el terreno y que ordenan su manifestación en el aspecto mental, que le dan sentido como expresión cultural. Como no son inabordables no hay razón para que la geografía se detenga antes de su aparición, a no ser que lo quiera el geógrafo, pero no por imperativo metodológico; si hago allí contribución al paisaje me limito a sus morrenas, pero si hago paisaje incluyo sus contenidos espirituales. La historia de la epopeya de la exploración de tales altitudes, como la de los hielos polares, cualifica también los paisajes, los remite a referencias culturales incluso allá donde sólo parece gobernar la ventisca. Así también, que una sierra haya sido el objeto de un lienzo con categoría pictórica le concede una identidad paisajística en el mundo de la cultura que la señala con claves patrimoniales. No hay paisaje terminado sin asumir tales claves.

De esta manera, ver el mundo como paisaje es un logro. Un umbral histórico que puede presentar modalidades en la ciencia, el arte y el pensamiento. Pero en esta conquista mental y cordial ha habido una especial contribución geográfica dilatada en el tiempo, previa a algunos acercamientos, por ejemplo a los actuales, laboriosa y competente. El “agua” mencionada, obligatoriamente anterior al “mar”.

Los geógrafos hemos tenido que reconocer el mundo, primero, mediante el viaje, recopilar ordenadamente los conocimientos después, y finalmente dibujar los mapas que representan los lugares. Sin tales bases, que han costado siglos de mentalidad dispuesta a ello, de empresas y azares, no se hubieran dado con rigor los pasos siguientes de percepción estética, de representación lograda, de conceptualización y del necesario método propio. Con razón escribía Plutarco, al inicio de sus *Vidas Paralelas*, que “acostumbran los historiadores, ... cuando en la descripción de los países hay puntos de que no tienen conocimiento, suprimir éstos en la carta, poniendo en los últimos extremos de ella esta advertencia: de aquí adelante no hay sino arenales, faltos de agua y silvestres, o pantanos impenetrables, o hielos como los de Escitia, o un mar cuajado” (Plutarco, ed. de 1879). Y esta borrosidad de la imagen del mundo más allá de nuestro espacio, circunscrito y rodeado de tierras hostiles, ha durado muy largo tiempo.

Sin duda, hay atención, con modulaciones, al paisaje desde los clásicos. Más tarde hay algunas piezas maestras en tal proceso de acumulación de saber: una de ellas es la *Topografía cristiana*, al mediar el siglo VI, del viajero Cosmos (o Cosmas) Indicopleustes, con su caudal de información y su fantástica representación del uni-

verso como tabernáculo y de la Tierra con forma rectangular. Pero es evidente la dificultad en la apropiación de conocimientos, por ejemplo si pensamos que un viaje tan tardío como el de Marco Polo fue el primer relato directo de extremo a extremo del mundo conocido, es decir, desde el Mediterráneo a China a través del vasto y no siempre acogedor continente euroasiático por su banda central, el mismo mundo extendido sólo por tierra de oeste a este que aún se representará en la recuperación del mapa de Ptolomeo, antes de los descubrimientos y exploraciones de Indias. Cuando un grabado de Bruegel sobre los Alpes, la montaña doméstica interpuesta entre el centro de Europa y la Italia madre de culturas, parece inaugurar su representación contemplativa, podemos entender la tardanza y la lentitud en el saber geográfico y en su comunicación entre nosotros, y también en el proceso de adquisición de la indispensable apertura cultural que lleva al paisaje. O cuando se pone el ejemplo de la subida de Petrarca al bien llamado Monte Ventoso para admirar sus panoramas como la fecha de la moderna fundación poética del paisaje en Europa, establecemos otro dato nuevamente rezagado (y no del todo conseguido) en esta adquisición cultural.

En fin, tal proceso consistió en una búsqueda de la imagen de los lugares. Sin ella no hubiera sido alcanzable el paisaje, aunque éste requiera otros ingredientes complementarios. En primer lugar hubo que establecer las imágenes de los territorios, lo que no se logró sin dificultad, por falta de conocimientos, por deficiencia de técnicas apropiadas, por complejidad, duración y riesgo de los viajes, y por carencia de modelos sintéticos del mundo realmente válidos hasta la exploración de las Indias y del Pacífico, y, si somos universales, hasta las de África y de las regiones polares. Cuando uno de esos modelos sintéticos válido se logró como en una primera fase, aparte del mapa llamado de Ptolomeo, empezó a establecerse el campo real donde habitan los paisajes.

Pero la indagación hubo de hacerse incluso en casa, como la que llevó a cabo Ramond en nuestros Pirineos ya en el paso del siglo XVIII al XIX, o la que efectuó Schrader completándola ya en el último cuarto del XIX e inicios del XX con escritos, figuras y mapas. Pero también estas excelentes contribuciones en vacíos geográficos que podríamos llamar familiares se pudieron hacer sobre un fondo de cultura social que las permitió, ayudó y consumió, y sobre una base intelectual, científica y técnica que las fomentó, en la que se apoyaron y con la que realizaron sus operaciones.

Esta paciente labor fue así de mano en mano, en muchas manos, y de generación en generación con el debido rigor, según el canon surgido de los rumbos emanados desde Humboldt a Vidal de la Blache a lo largo del siglo XIX. El valor de la observación directa acumulado al de la consulta de la biblioteca organizada y al de la colección ordenada de mapas, al de la descripción escrita con método, al del dibujo de intención geográfica, del diagrama, la maqueta y el mapa, luego de la foto, suma-

dos al valor del artículo, el libro, el atlas, acabaron por mostrar al mundo tal como es y lo hicieron muy habitualmente como paisajes. De tal modo que, en sentido extenso, no habría paisajes sin geografía. Tal vez habría algunos paisajes, los particularmente teñidos por la cultura, vistos sólo desde sus representaciones estéticas. Pero no el cierre sistemático del círculo que, por ejemplo, difundió Reclus por las escuelas, contando cómo eran, a qué se debían y hacia dónde se encaminaban. Allí están, por las geografías universales, los paisajes ofrecidos en cualquier parte, en las islas remotas y en la meseta castellana, contruidos con precisión con los elementos del lugar. Abrir hoy una de esas geografías es ver a la vez un modo de ser el mundo y una manera de entenderlo, un cofre cargado de paisajes.

Ahí tuvo un papel esencial un documento realmente extraordinario, el mapa: la imagen reducida y concreta del territorio, deducida antes de ser vista desde la vertical, representada según una convencionalidad expresa y de sencilla transmisión. Este documento e instrumento ha basado su calidad en la suma y equilibrio de cinco virtudes, conquistadas sobre el papel en lentos pasos desde el siglo XVI: precisión, contenido, expresividad, belleza y comunicabilidad. Incluso, puede lograr, como una sexta cualidad, la creatividad. Sin mapas no habría paisajes o existirían de modo sesgado o deficiente. Podría parecer, según se lee en ocasiones, que bastaría para que éstos tuvieran entidad con una aproximación artística o intuitiva o de asimilación cultural, subjetiva, pero en sentido relativo un mapa es ya un paisaje. O, mejor, es fundamento necesario de un paisaje, pues aún faltan otros atributos. Lo es, en tal medida, primero como representación, y lo es en sí mismo como construcción cartográfica y como reproducción de un paraje. Veámoslo a la inversa: un paisaje real sin mapa aparece insuficientemente trabado, no alcanza a estar compuesto, carece de reglas de disposición y de proporción, tiene vertientes ocultas. El mapa es el organizador del paisaje, es un cuadro del paisaje, obviamente con un fin diferente al buscado por el pintor en su lienzo, aunque, como la obra de éste, es composición, con sus reglas, masas, partes, relaciones, armonías y contrastes. El mapa e incluso la foto aérea y la imagen de satélite ofrecen, más allá de su calidad técnica, otras categorías cromáticas y formales que muestran no sólo otra imagen de la Tierra, sino, como en su momento aportó el arte abstracto mediante otra escala o diferente concepto pictórico de las manchas, una distinta composición de elementos, formas y colores que también corresponden a este mundo. Dicho de otro modo, nuevos paisajes.

Las últimas pruebas exigidas al hombre para establecer íntegramente y de modo directo los paisajes completos del mundo llegan a los siglos XIX y XX. Primero fueron vencidos los obstáculos de las montañas tenidas por inaccesibles, gracias al cambio cultural ilustrado que modificó la vernácula actitud hostil hacia las regiones alpinas. Desde Scheuchzer, en el primer cuarto del siglo XVIII, fueron pasando progresivamente los observadores de los Alpes al campo de la razón y alcanzaron con de Saussure, en el último cuarto del siglo de las luces, su pleno reconocimiento inte-

lectual y cordial, con equilibrio entre mente y sentimiento (Terán, 1987). El viaje canario y americano de Humboldt extendió definitivamente ese estilo y dio lugar al establecimiento de un edificio científico que aún habitamos, particularmente los que hemos militado en la geografía física, pero también los restantes geógrafos y algunos naturalistas más. Una oleada de observadores de la altitud acudió a aquella llamada con esa mirada nueva tanto objetiva como creativa, con los instrumentos requeridos para los datos y con la disposición abierta para lo sublime y lo pintoresco. En el centro de su equipaje, el cuaderno de dibujo sintetiza un espíritu dispuesto ya a encontrar paisajes.

El otro reto que se requería para cerrar los conocimientos directos de los paisajes terrestres consistía, como es sabido, en penetrar en los espacios más indomables del mundo. Exigió sacrificios, voluntad prolongada, renovada, transmitida durante generaciones, fracasos, pérdidas. La prueba polar, sobre todo, además de las exploraciones de selvas, desiertos, fuentes de ríos y mares perdidos, pidió la mayor persistencia para el control intelectual de sus confines. Cuando se observa el mapa firmado por Mercator y titulado *Septentrionalium Terrarum descriptio*, puede apreciarse el salto conseguido por la tenaz exploración ártica del siglo XVI al XX. Este mapa podría ser ejemplo de toda la geografía fantástica producida en la historia, que no es materia escasa. Suponía, mucho antes de cualquier exploración de aquellas regiones, la existencia de tierras, mares, islas y pasos en el amplio ámbito del polo norte, y, audazmente, los dibujaba con la marca de prestigio del taller de cartografía. Pero aún a mediados del siglo pasado podía leerse en mapas del interior de la Antártida letreros como “región inexplorada”. Al mismo tiempo que las oleadas de observadores de la altitud tuvieron lugar, con otros significados y métodos, las oleadas de la alta latitud, y ello se tradujo igualmente en páginas románticas como las de Chateaubriand o en pintura como la de los témpanos prodigiosos de Church; al compás del reconocimiento geográfico, las mismas corrientes artísticas arrojaron sobre el Ártico remoto y a su modo inaccesible su baño de cultura y el Ártico contribuyó con sus paisajes a hacer más variada esa misma cultura. La suma de corazón y cabeza en tal acercamiento quedó expresada en 1828 en un escrito de Arbanère sobre el Pirineo, de contenido prácticamente geográfico, al dedicar uno de sus capítulos a los paisajes, enfocados en “*su relación con los sentimientos del alma*” (Arbanère, 1828).

El paisaje es, por todo lo dicho, una concepción del mundo, un modo de entenderlo. A ello han contribuido en concierto todas las manifestaciones de la cultura. Por ejemplo, las mejores plumas de Europa, como Petrarca, Goethe, Byron, entre tantos otros. Nos legaron una irrenunciable concepción poética del universo, una mirada inventada o recuperada, una visión que no se había logrado o que se había perdido. Y, en ella, lógicamente, hasta la naturaleza se hizo cultura.

En esa concepción del mundo que es el paisaje van juntas experiencia, arte y ciencia. Y con ellas, con distintas inclinaciones o con proporcionalidad, está la geografía.

La experiencia, decía Schopenhauer, es recapitular lo aprendido y sentido, es comparar las aspiraciones con los resultados, es reflexión y enseñanza obtenidas sin intermediarios; se puede decir, pues, que el paisaje es fruto de una experiencia cultural y que él mismo, como idea, varía a tenor de su propia experiencia. No es casual que coincidan los auges de la exploración, del excursionismo, de la geología, de la pintura paisajista, de la didáctica viajera, con la apreciación de los paisajes y hasta con su recreación en la obra del investigador, en el viaje geográfico.

Esas aportaciones se hacen, además, convergentes, se resuelven en un ciclo cultural prácticamente completo en el que, voluntariamente y de modo expreso se complementan, por ejemplo, música y literatura sobre paisajes, geografía y apreciación artística, etc. Podemos poner el ejemplo de relación buscada entre la obra musical de Liszt titulada *Valle de Oberman* y el libro *Oberman* de Senancour que la motiva, y además es fácil conectar su subtítulo, *Años de peregrinación*, con una conocida narración de Goethe. Y esto ocurre en todas las expresiones de los paisajes, particularmente en la naturaleza. Lo conocido o reconocido se vuelve finalmente objeto de difusión, de enseñanza y de educación, donde la geografía docente adquiere un papel capital precisamente por su explícita relación con el paisaje, en el que se ejercita el enseñar aprendiendo, resucitando el viejo dicho *docendo discimus*. La expresión y el mantenimiento, en suma, de la idea de paisaje y de su corriente es un modo de civilización que cumple con el especial requisito formulado por Américo Castro de abarcar "*orgánicamente todas las manifestaciones del espíritu*" (Castro, 1973). No todas las empresas culturales llegan a tanto.

Al final del viaje geográfico hay una valoración del paisaje, en sí y como vivencia, una voluntad de hacerlo cultura y una propuesta de mantenimiento de tales valores. Cuando éstos se ven amenazados, esa propuesta pasa a plantearse como una acción conservacionista del espacio terrestre, no sólo de escenarios grandiosos o de especies en peligro. El paso de los escritos valorativos de Thoreau a las acciones proteccionistas de Muir corresponde a este proceso. La posición tomada por Aldo Leopold (Leopold, 2000) es expresiva de un avance ético respecto a la relación del hombre con la Tierra, aplicable a los paisajes. Según Leopold salimos de una visión de la Tierra como mercancía que nos pertenece para entrar en un concepto que la entiende como una comunidad a la que pertenecemos, contrayendo en ello un deber de amor y respeto que significa una ampliación de la ética. Estas ideas estaban ya expresadas, con otras palabras, por el geógrafo Carl Ritter al mediar el siglo XIX, por lo que dotaron a la geografía desde sus principios también de contenidos morales de respeto a lo que nos rodea, a lo diferente que a la vez nos sustenta, cobija y acompaña. Las raíces de la geografía, por tanto, no sólo tienen expresa la idea de paisaje sino la de su respeto. Sabemos que no siempre han sido objetivos logrados, pero marcan criterios. Si alguien me preguntara, por ejemplo, sobre el futuro de la conservación de la naturaleza en España, respondería que, tras sus dos primeras fases, en las que ha sido

sucesivamente entendida como escenarios simbólicos y como ecosistemas, hoy habría que reconducirla como una protección de los paisajes. Es la integración definitiva.

Aparte de estos signos de identidad, radicados en los orígenes e impulsos fundamentales, hay lógicamente modelos de integración geográfica, los propios del paisaje, vigentes, activos, renovándose, propios de un saber abierto, sobradamente conocidos porque todos los afectados los hemos practicado en uno u otro momento, y que son los que me han movido a realizar este repaso teórico e histórico en lo general de la disciplina. Sus referencias bibliográficas son demasiado extensas para que tengan cabida en este ensayo. Digamos solamente que nuestra tradición también ha tenido numerosas aportaciones técnicas y metodológicas, desde trabajos magistrales, algunos recogidos en antologías y otros perdidos por libros y revistas profesionales, a plasmas de paisajes concretos donde no faltan los españoles, emprendidos por nuestros geógrafos o por investigadores hispanistas. Ellos son nuestros valores inmediatos. Son, entre otros, esfuerzos irrenunciables en la conquista mental de los paisajes. El paisaje es, así, también, en buena medida y entre otras cosas el lugar geografizado, además del “país estetizado” de los historiadores del arte que antes comentamos.

Hasta ahora hemos hecho aportaciones a los distintos aspectos de los componentes geográficos del paisaje desde las diversas especialidades geográficas. Por ejemplo, aparte de teorías y métodos, que no son empeño menor, podemos resaltar contribuciones al paisaje geográfico a través de aproximaciones culturales al territorio, establecimiento de corologías diversas, análisis de geomorfología geoecológica, de biogeografía (tal vez la actividad más extendida), de ecogeografía, de paisajes rurales y urbanos (los más asentados en la geografía magistral), o definición de elementos, áreas, unidades internas y sistemas escalares, producción de cartografía y catalogación, hábito de la enseñanza y atisbos de divulgación. Los encontramos igualmente aplicados, principalmente al conocimiento y la gestión de la naturaleza. No hay tantos análisis de conjuntos, pero los hay. El paisaje de los geógrafos investigadores pide hoy, con razón, más integración, que es la clave de su misma existencia. También la reunión tiene método, como toda composición, pero esto es otro artículo.

Sólo nos queda, para terminar, exponer una vez más y, por ello, de modo sucinto, las claves, radicadas en el mismo paisaje, los nudos fundamentales de esa integración. Un paisaje real cualquiera, sólo se requiere que esté ahí, se formaliza como un conjunto territorial estructurado, con múltiples componentes, distribuciones de elementos, constitución de unidades interiores ensambladas, y con múltiples interrelaciones internas verticales y horizontales, que se decanta en unas formas determinadas que presentan un rostro –o varios– al observador. El perceptor es también variable y ello remite a cuestiones antropológicas, culturales, científicas, históricas, sociales y psicológicas que tienen su importancia pero que nos cambian de perspectiva respecto a lo

que aquí tratamos, aunque, sin duda, el geógrafo, casi diría que cada geógrafo, también puede ser una variable. Muchas de las características locales del paisaje responden a su papel funcional territorial, que subyace activamente, y que responde a sus relaciones regionales y suprarregionales. Y todas sus características derivan de un proceso evolutivo e histórico, responden a dinámicas en marcha, de modo que los paisajes muestran los estados actuales de un transcurso en plena acción, pues son cambio y transformación en sus componentes, partes y en conjunto. Además, pero de modo muy importante en el significado del paisaje, éste posee contenidos que actúan como valores propios y otorgados por la cultura, cuyo desciframiento complementa, y a veces de manera esencial, tal paisaje dándole sentido. De este modo, quien trabaja en paisaje puede optar por contribuir especializadamente a alguno de sus componentes o a dar su imagen de conjunto como suma y combinación de constituyentes con intensidades relativas variables. En cualquier caso, su labor ha de responder al establecimiento parcial o total (basta con decir lo que se pretende) de su estructura, sus relaciones internas, su forma y faz, su función y relación externa, sus elementos, su evolución y dinámica, sus unidades y sus contenidos. Cuando la presencia del paisaje en el contexto cultural y aplicado parece experimentar una crecida, conviene, pues, al geógrafo abrirse a estos contenidos, aunque ello también requiere aprendizaje en sosiego; quizá haya que aumentar el énfasis en esta recomendación cuando, además, las corrientes técnicas parecen llevarse la geografía por los brazos del río que tienen más rápidos y cascadas y aparentan conducirla más deprisa a destinos poco precisos. Que no haya que repetir aplicado a nuestro caso aquello tan famoso de *“dum Romae consulitur Saguntum expugnatur”*. (Para los técnicos: “mientras Roma delibera, Sagunto perece”).

Si las líneas que sugerimos se mantienen no se podrá hablar, como a veces ha ocurrido, de una geografía que fue paisaje ni de un paisaje que fue geografía. A mi parecer, tal vez la geografía deba ser como un estanque de aguas tranquilas alrededor del cual se agrupan los paisajes para ver reflejada su imagen. Todo se seguirá llevando a cabo con la consideración humilde aprendida de los maestros, según la cual, en palabras de Max. Sorre, la idea de paisaje, tan humana, habría sido, en cualquier caso, una manifestación entre otras de la consciencia del universo, acaso efímera si el reino del hombre pasase *“como un relámpago entre dos abismos de sombra”* reabsorbido en el Cosmos. (Sorre, 1961).

Bibliografía citada

- Albaladejo, M. (1999). “El conocimiento geográfico en las *Etimologías* isidorianas: algunas consideraciones”. *Iberia*, 2, 203-211.
- Altamira, R. (1949). *Tierras y hombres de Asturias*. México, Norte. Reedición en 2005, Oviedo, Universidad de Alicante, Universidad de Oviedo y KRK Ediciones.

- Arbanère, M. (1828). *Tableau des Pyrénées françaises*. Paris, Treuttel et Würtz. Reedición en 2002, Nimes, Lacour.
- Baudelaire, Ch. (ed. de 1961). *Critique littéraire et musicale*. Paris, Armand Colin.
- Berceo (ed. de 1958). *Milagros de Nuestra Señora*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Castro, A. (1973). *Españoles al margen*. Madrid, Júcar.
- Eco, U. (2001). *Baudolino*. Barcelona, Lumen.
- Forner, J. P. (s.a.). *Exequias de la lengua castellana* (1782). Madrid, C. Ibero-americana.
- Gavira, J. (1934). "Sobre el contenido de la geografía". *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, LXXIV, p. 723-731. Reproducido en BRSO (2008), CLIV, 201-210.
- Giono, J. (1932). *Solitude de la pitie*. Paris, Gallimard.
- Hall, E. T. (1973). *La dimensión oculta. Enfoque antropológico del uso del espacio*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local.
- Leopold, A. (2000). *Una ética de la Tierra*. Madrid, Catarata.
- López Silvestre, F. (2009). "El paisaje ¿nace o se hace?". *Mètode. Anuario 2009*. Universitat de Valencia, 97-103.
- Martínez de Pisón, E. (2002). "Reflexiones sobre el paisaje". En Ortega, N. (ed.): *Estudios sobre historia el paisaje español*. Madrid, Catarata, 13-24.
- Menéndez-Pidal, G. (2003). *Hacia una nueva imagen del mundo*. Madrid, Real Academia de la Historia.
- Montero Díaz, S. (1940). "Ensayo sobre las ideas geográficas de Isidoro de Sevilla". *Revista de la Universidad de Madrid*, 1, 122-142.
- Nesbit, E. (s.a.). *Cuentos*. Madrid, Calleja.
- Onfray, M. (2002). *Esthétique du Pôle Nord*. Paris, Grasset.
- Ortega, N. (2006). "Ver, pensar, sentir el paisaje", en Vv. Aa.: *Imágenes del paisaje*, FDS-UAM, 9-47.
- Plutarco (ed. de 1879). *Vidas Paralelas de hombres ilustres*. Tº I. Madrid, Biblioteca Clásica, XXI.
- Rocca, J. M. (ed. de 1908). *La Guerra de la Independencia contada por un oficial francés*. Madrid, Imp. Revista de Archivos.
- Russell, B. (1962). *Ma conception du monde*. Paris, Gallimard.
- Savater, F. (2008). *Misterio, emoción y riesgo*. Barcelona, Ariel.
- Sorre, M. (1961). *L'homme sur la Terre*. Paris, Hachette.
- Suárez, L. (2009). *Lo que el mundo le debe a España*. Barcelona, Ariel.
- Terán, M. de (1987). *Del mythos al logos*. Madrid, CSIC.
- Werner, Ch. (1966). *La filosofía griega*. Barcelona, Labor.